

benevolencia, y el amor de los otros el que no tiene respeto, estimacion, ni amor por alguno, é intenta ridiculizar á todos, con la esperanza de brillarlo, y lucirlo él solo, y ocultar entre los de otros muchos sus propios defectos. Siendo, pues, muy propio de un hombre prudente el hacerse amar de todos, quanto le sea posible, del mismo modo es imprudencia, y locura el hacerse odioso á todos por culpa, y capricho propio. Bien quisiera poder estampar esta máxima en el corazón de los altaneros, soberbios, y orgullosos, y de qualquier otro de aquellos que tan fácilmente se dexan transportar del ímpetu de la ira, y del humor despreciativo, y modador, y que con muy leve, ó ninguna causa descargan contra su próximo una tempestad de injurias, como tambien en los de aquellos, que continuamente están de un humor melancólico, y atrabiliario, impaciente, y áspero, mal contentos casi siempre con sus criados, y familia, y con los que están cerca de sus personas. Lo mismo digo respecto de aquellos, que demasíadamente zelosos, y rígidos, no aciertan á sufrir, ni perdonar á sus próximos los mas leves defectos. ¿Por ventura necesitan todos estos de ser odiosos, y mal vistos entre sus compañeros, ó de panegyristas de su vida brutal siempre que se presente la ocasion de hablar de ellos? Pues no duden que serán servidos. El que pueda huir de ellos como de una casta de serpientes, y el que se vea precisado á vivir con ellos, llorará su desgracia; pues semejante gente debería vivir en los desiertos montes, haciendo compañía á las bestias feroces, é intratables escorpiones. Así, pues, en quanto podamos, y lo permita la honestidad, y justicia, debemos trabajar para ganar amigos, ó por lo ménos para no adquirirse enemigos. Este debe ser el empleo del hombre sabio, y balanceando el bien, que puede resultar de aquello primero, con el mal que se sigue de esto segundo, ninguno habrá que no conozca la segura utilidad de estas máximas. Faltará á los mas la voluntad, y facultad de hacernos bien; pero todos

dos podrán hacernos mal, si lo quieren hacer. No hay hombre tan pobre, y desvalido, que no sea dueño de su lengua por lo ménos; y nuestros antiguos nos dexaron el proverbio de que *un enemigo sobra, y cien amigos no bastan.*

CAPITULO XXXIX.

De la Humildad.

§. 1.

NO es digno de reprehension el hombre que se estima á sí propio; pues ademas de tener un cuerpo admirablemente dispuesto, y fabricado, contiene una alma tambien hecha á la imágen, y semejanza de su Criador. Bástanle estas prerogativas para tributarle justamente grandes alabanzas. Mientras que los hombres, comparándose con un sinnúmero de bestias irracionales, y viéndose mas nobles, y superiores á todas ellas, se engríen, digámoslo así, y se glorían en sí mismos, puede perdonárseles este engrimiento, aunque seria mucho mejor el dar la alabanza, y gloria al Señor, que nos crió por sola su clemencia, y bondad, imitando en esto á aquel sabio Filósofo Griego, que daba gracias al Criador por haber hecho *que naciese hombre, y no bruto, Griego, y no Bárbaro.* Pero no para, ni se detiene solamente en esto el aprecio, y estimacion que hacemos de nosotros mismos. Pasamos adelante, comparándonos con los demas hombres nuestros iguales, y nos parece que excedemos á la mayor parte. Ademas de esto tenemos una gran facilidad en amplificar, y engrandecer nuestras cosas, ó lo que de algun modo puede llamarse nuestro, como por exemplo el mérito, el ingenio, el juicio, la hermosura, la nobleza, la dignidad, el saber, y otras cosas semejantes, pareciéndonos algunas veces que se hallan en nosotros tales prendas, y con tanta abundancia, que podemos

mos vender á otros lo que nos sobra. ¿Cuál será, pues, el microscopio que hace crecer, y parecer á nosotros mismos tan agigantados nuestras prerogativas, y propios méritos? El amor propio es el que hace este milagro: este infatigable adulador, que continuamente nos habla de nuestras prendas, este es el que las hace comparecer mucho mayores de lo que son en la realidad, y este mismo es ciego, y mudo para no ver, ni avisarnos de nuestros defectos. Esta demasiada estimacion que tenemos, así de nosotros mismos, como de nuestras cosas, es la que puntualmente, y con su propio nombre se llama soberbia, y es la primogénita, y como mayrazgo del desarreglado amor propio. Divídese esta en varias especies, ó distintas ramas, como son la arrogancia, la ambicion, el orgullo, la vanagloria, la jactancia, la ostentacion, el fausto, el descaro, la presuncion, y otras muchas maneras, y modos de pensar, y hablar que tienen los soberbios. Bien que nosotros muchas veces significamos una misma cosa con varios nombres. No me detendré á ponderar la fealdad de este vicio abominable, ni quanto sea odioso á Dios, y á los hombres. Qualquiera que por su desgracia necesita tratar con semejantes cabezas llenas de viento, deslumbradas con el fingido resplandor de sus méritos propios, desabridos, despreciadores de otros, puntillosos, vanos, y altaneros: aquellos que ciegamente enamorados de sí mismos, y de sus cosas, nada aprecian, nada estiman fuera de ellas, que se alteran, y enardecen á la menor cosa que se les contradice, ó hacen poco aprecio de quanto se les propone, con otros mil desconciertos, hijos todos de aquella pasion dominante, que los tiene ciegos totalmente: qualquiera, vuelvo á decir, que tuviese la desgracia de haber de tratar con esta raza de gente, es forzoso que lo sufra, y aguante quando están presentes, y procure en quanto pueda tenerlos distantes.

§. II.

§. II.

NO puedo ménos de advertir aquí que se deben distinguir con cuidado dos diversas castas de vicios, unos comunes, y patentes, cuya fealdad, y desórden se dexa conocer bien presto, por ser semejantes á las melodías que suelen hacer los que aprenden á tocar el violin, de las quales qualquier ignorante puede ser justo juez. Tales son el vicio de la deshonestidad, el robar, el blasfemar, el ser traidor, el montar en cólera sin causa, ó con motivo muy leve, el emborracharse, &c. porque el mismo que comete semejantes excesos, y aun el que los quiere, y ama, conoce que son excesos, y lo confiesa. Hay otros vicios mas sutiles, y engañosos, que saben ocultarse, y esconderse baxo varios pretextos, y no se dexan conocer aun de quien los alberga en su corazon, quando este no tiene una vista interior, aguda, y penetrante, y no se aplica á examinarlos determinadamente. De esta casta es la soberbia con toda su dilatada familia, la envidia, el engañoso, y traidor interes, ó deseo de hacienda, y riquezas, ciertos rencorcillos; y por el contrario, ciertas aficiones amorosas, con algunas otras pasioncillas secretas, las quales, porque no son ni muy grandes, ni de mucho esplendor, suelen quedarse como escondidas, y ocultas en el corazon del hombre sin que las advierta, ni eche de ver; pero bien las conocen por su modo de obrar los que entienden bien de pulso interior, ó del ánimo, y no precisamente del cuerpo. El mayor mal que se halla en la soberbia es el de ser un vicio tan grande, que en dictámen de muchos es el mayor que puede tener el hombre; y con todo es al mismo tiempo tan disimulado, artificioso, y obscuro, que dentro de nosotros manda con absoluto despotismo: nos llena la cabeza de su ayre pestilente, y con todo creemos que se halla muy distante de nosotros. ¿Como, pues, sanarémos de un mal, que ni lo conoce-

Tom. II.

Q

mos,

mos, ni lo sentimos? Se avergonzaria aquel sugeto de aconsejarse, y pedir dictámen á un igual suyo en la ocasion mas urgente, y en el negocio mas arduo. Gobiérase en todo por su cabeza, pareciéndole que no hay otra mejor entre todos los vivientes; y por tanto le parece que haria una notable injuria á sí propio, si consultase con otro sus negocios: se disminuira su grandeza, manifestaria su insuficiencia, é incapacidad luego que consultase con otro lo que debería hacer en aquel caso. No le sale bien á un tal sugeto un negocio de importancia; pues no espereis que él eche la culpa á su corta capacidad, como ni á su soberbia, y presuncion, que no le permitió el que se prevaleiese de algun otro que pudiera aconsejarle: todo menos esto: declamará contra la malignidad de los hombres, contra su injusticia; pero jamas se quejará de su propia soberbia. Del mismo modo presume aquella tal señora de hacerse estimar mas que las otras, por estar siempre muy erguida, y espetada, pretendiendo freqüentemente la mano derecha, y el mejor asiento en la carroza, por enjuagarse cada instante la boca con la relacion de sus grandezas, por la incansante inquietud de sus gestos, y melindres, y sus cultas altisonantes expresiones. No conoce esta vaná deidad la enfermedad de que adolece. Con todo esto podreis asegurar á esta señora, que en lugar de aprecio, y estimacion logrará el aborrecimiento, y desprecio comun; y si alguno le tributase algun incienso, será contra su voluntad, y por no poder dexar de hacerlo así. Otros muchos exemplos pudiera traer, pero no quiero detenerme mas.

§. III.

PARA destruir la soberbia, así la grande, y alta, como la mediana, y refrenar, y contener toda la dilatada familia de sus hijas, deben concurrir, y juntarse varias virtudes: la cortesía, la gentileza, la afabilidad, la docilidad, la mansedumbre, la modestia; pero especial-

cialmente la maestra, y madre de todas, que es la humildad verdadera. Esta es aquella preciosísima virtud que baxó del Cielo, y que practicó, y enseñó á todo el mundo el Divino Salvador Jesu-Christo, Dios, y hombre verdadero. Esta es la virtud, que ni conocieron, ni practicaron los Filósofos antiguos del Gentilismo, de los quales ninguno se eximió de los pestíferos influxos de la soberbia; de manera, que aun los mismos Estoicos, que parecian acercarse mas á la doctrina del Evangelio, aun eran mas soberbios que los otros. ¿Que quiere, pues, decir humildad? Queremos significar con este nombre aquel baxo concepto que debe tener el hombre de sí propio, de sus fuerzas, de su entendimiento, de su mérito, de su prudencia, y de qualquiera otra cosa que sea propiamente suya; pero todo esto sin envilecerse, ni acobardarse, no dexando por esto de hacer alguna cosa por el vano temor de que será mal hecha, y sin renunciar por el respeto á esta virtud el decoro que conviene á su estado, y dignidad; porque esto no seria humildad verdadera: seria una vil cobardía, que por fin degeneraria en una abyeccion, ó baxeza despreciable, y viciosa, y no seria ya humildad virtuosa, y verdadera. El humilde ha de ser animoso, y fuerte; pues aunque no se fie de sí mismo, ni confie en su propio poder, y saber; con todo se fia, y confia en el poderoso auxilio, y socorro de Dios, de quien conoce que le viene todo bien, el apartarse del vicio, y seguir la virtud, y todo lo refiere á Dios. Por tanto la humildad, virtud, consiste propiamente en moderar aquella ventajosa opinion, que de ordinario tenemos de nuestra habilidad, y propia excelencia, ó de nuestras cosas, y en conocer bien nuestra imperfeccion, y flaqueza; pero no es humildad verdadera el acobardarnos, y ser tímidos, como una marmota, ó un conejo, ni tampoco lo es el no sentir en nosotros mismos los dones, y gracias, que para nuestro provecho nos ha dado la Divina Misericordia.

§. IV.

NO espere el lector que yo me alargue mucho á tratar aquí de este argumento; pues para esto sería necesario un libro entero: solamente diré ahora, que no me parece suficiente la disculpa que alguno alega en favor de los Filósofos Gentiles, que en sus escritos, y tratados morales, ó no conocieron, ó se descuidaron de tratar de la virtud de la humildad; porque siendo esta virtud propia del hombre en quanto christiano, y no en quanto civil, y político; por tanto no convenia que aquellos Filósofos tratasen de ella. Digo, pues, que no es suficiente esta disculpa; porque aun prescindiendo por ahora de aquellas buenas máximas que enseña esta virtud al que camina á la cumbre de la perfeccion christiana: ¿no es por ventura un importantísimo, y utilísimo estudio, aun para la vida civil, el saber bien disciplinar la soberbia (vicio de que casi ninguno se halla libre), reduciendo á términos razonables, y justos la estimacion, y aprecio excesivo, que por lo comun tenemos de nosotros mismos? No fué ciertamente la soberbia una enfermedad desconocida entre los antiguos Filósofos: ¿y qual fué la virtud, ó el remedio, que opusieron á este vicio? No sabré decirlo; pero sin entrar en esta disputa, y dexando á parte la perfeccion christiana, digo que el hombre sabio necesita del bálsamo de la humildad, para curar las llagas, que el demasiado amor, y aprecio de sí propio suele causar en su ánimo; porque la soberbia no es un enemigo como quiera capaz de arruinar una sola parte del imperio de la razon, puede destruirlo, y alterarlo todo entero, haciendo que aun las mismas virtudes dexen de ser tales, ó pierdan aquella gracia que siempre debe acompañarlas, por causa de la mohosa inmundicia con que puede obscurecerlas la presuncion, la soberbia, y la vanagloria. No faltan algunos, que atendiendo á los documentos de los mencionados Filósofos

Es-

Estoicos, especialmente de Séneca, y Epicteto, omitiendo otros antiguos, se pasman al considerar quanto adelantaron estos sugetos, guiados solamente de la luz de la razon, en el exercicio de la paciencia, y de la continenencia, y desprecio de lo mas brillante del mundo: en una palabra, como supieron refrenar, y domar sus pasiones, y apetitos, de tal modo, que no solamente aparecian mortificados, pero aun totalmente desarraigados, y muertos. No se atrevia á presentárseles un temor, una queja, un amago de ira, &c. porque habia muchas centinelas, y dobladas guardias para no dexar que semejantes pasiones se les acercasen. En suma, habrá pensado, ó pensará alguno, que estos Filósofos eran los Capuchinos de aquellos tiempos. De hecho, algunos igualmente temerarios que ignorantes, llegaron en los pasados siglos de la ignorancia á establecer un comercio epistolar entre S. Pablo, y Séneca, persuadidos á que este Filósofo, si no lo fué, mereció por lo menos ser Christiano. ¡Bello pensamiento! pero lo cierto es, que los decantados Estoicos no fueron al fin otra cosa que una tropa de gente ciega por su demasiada soberbia, y altañería. Para prueba de esto basta el verlos hinchados, y pomposos hacer ostentacion de sus méritos, de su ingenio, y doctrina, y haciendo alarde de sus virtudes, pretender el ser tenidos por algunos de sus dioses. Despreciaban tambien el aplauso, y estimacion de los hombres, mirando con aversion despreciable, no solamente lo que apreciaban los hombres sus compañeros, pero tambien á estos mismos. Este es el grado mas alto de la soberbia humana el creer que todos los demás hombres son necios, perversos, y viven engañados, reputándose á sí propios por los mas virtuosos, mas dignos, y mas sabios. El primer grado de locura es el que acabamos de decir, y su puesta esta verdad, y la de hallarse tocados de semejante peste aquellos antiguos Filósofos del paganismo, podremos preguntar con razon ¿en que consistia el mérito de su saber, y decantada virtud? Podrá darse el

Tom. II.

Q3

ca-

caso que se encuentre semejante orgullo en alguno, ó algunos de los Filósofos de nuestros tiempos, ó bien sea de los que se reputan por literatos, ó de los que se tienen por virtuosos. Si alguno de los individuos de aquel sexó, que está mas expuesto á engaños, y fragilidades por hallarse armado con una delicada continencia, mirase por esta sola causa á todo el resto de los vivientes como á gente indigna, y profana, y aunque no pronunciase las palabras que en otra ocasion pronunció aquel Fariseo del Evangelio, manifestase con sus obras esto mismo, creyendo, y persuadiéndose con soberbia, y altanería, que no es como las demas personas: si así lo practicase diciéndolo, ó lo juzgase sin decirlo, seria por solo este vicio de refinada soberbia mas digno de compasion, que por los demas defectos que pueda tener. Otros muchos habrá acaso, que nada encuentran en el humano comercio que merezca su atencion, y cuidado. Quanto hacen los demas hombres todo es una locura: son vanas sus ocupaciones, aun las mas honestas, y serias; y por poco no llegarán á persuadirse, que quanto hay en el mundo, sino es ellos mismos, todo es iniquidad, vanidad, y engaño, oyéndoseles decir alguna vez: yo nada de esto executo por la misericordia de Dios; y casi casi parece que quieren dar á entender que todo el mundo deberia seguir su exemplo. De esta manera puede tal vez pensar, y juzgar aquella persona que no conoce su propia soberbia.

§. V.

EL evitar estos inconvenientes es el empleo á que seriamente debemos aplicarnos los mortales, y del que están mas distantes todos los idólatras de sí mismos, y especialmente aquellos que colocados en los mas eminentes puestos, y dignidades mas altas, les sopla en la popa el viento de la fortuna. ¡Ah, y quan difficilmente se corrigen, y enmiendan los que se hallan nadando en el charco de la buena suerte! Estos no suelen mirar á otra par-

parte que á los lados donde pueden hacer buena figura, y ácia allí miran con frecuencia, donde hallan quien lisonjeándolos, engrandezca sus cosas. Les parecerá sin duda, que no hay en todo el mundo sugeto alguno de mayor mérito que el suyo propio, de mas penetracion, de mayor prudencia, de juicio mas bien sentado, ni de gusto mas exquisito: no hay entre los hombres corazon mas recto, mas justo, ni mas desinteresado que el suyo. Otros que son charlatanes perennes se figuran que han perdido el buen gusto, y acaso tambien el juicio los Reyes, y Príncipes, quando permiten que falte en sus Cortes un mueble de una estimacion, y valor tan grande, y tan á propósito para empresas considerables. ¿Pues que deberá decirse si estos tales han aprendido algun arte, ó ciencia? Entonces podreis buscar, pero en vano, quien los compita, no dexando ellos de mirar de alto abaxo á quien en su presencia se atreva á hablar una palabra de su profesion, sea la que sea, á no manifestar la patente de haberla estudiado en su escuela; pero vamos mas adelante. El ingenio, el valor, la riqueza, y aun hasta la sanidad, y robustez corporal ensoberbecen á los hombres. Mucho mas los hace soberbios la ciencia, la nobleza de sangre, y el poder; pero por ventura ¿no se descubre en todos estos algun vicio, ó notable defecto? Sin duda pueden contarse muchos. La mayor desgracia de los soberbios viene á ser, que ocupados, y aun perdidos en considerar únicamente sus prendas, y prerogativas, no tienen tiempo para conocer sus defectos, que suelen ser muchos, y gravísimos, por los quales se dan á conocer; y si acaso reflexionan alguna vez sobre sus faltas, la misma soberbia los provee de excusas, y pretextos para justificar, ó disminuir por lo menos lo mas criminal de sus procesos. Esta es una enfermedad de que pocos se escapan, intentando todos defender, excusar, y disminuir nuestros excesos, y pecados, no solamente para con nosotros mismos, y en el gavinete de nuestras conciencias, mas aun quando de-

lante de Dios confesamos nuestras culpas. Qualquiera, pues, que aspirase á la verdadera sabiduría, y no quisiera cargar con el odio, y aborrecimiento común, mediante su soberbia, debe saber que á él, mas bien que á los otros, encarga la recta razon el estudio, y exámen de sí propio. Practicando esto, y descubriendo por medio de este exámen, que aquella dote, ó prerogativa (sea del arte, ó de la naturaleza) que fomentaba su orgullosa altanería, y soberbia, no es tan relevante, y preciosa, que sus propios defectos no puedan contrapesarla, y aun excederla; no es posible que dexé de hacerle baxar la cabeza esta prudente reflexion, y que no se sujete á las santas leyes de la sabia humildad. Finalmente se les puede prevenir, y anunciar á los soberbios, que quando por sí mismos no quieran entrar en la escuela de los desengaños, y quando no quieran confesar que es lo mismo (séame lícito el hablar de este modo) el ser soberbio, que ser frenético, y loco: si Dios querrá usar con ellos de misericordia, encontrará su Magestad el modo de reducirlos, y desengañarlos, como lo hace cada dia con muchos de ellos. Suelen acaecer tantos contratiempos, y trabajos á estos odres llenos de viento: suelen cometer tantos, y tan enormes despropósitos, que se ven obligados finalmente á confesar, aunque muy contra su voluntad, que la demasiada estimacion, y aprecio de sus cosas, y de sus propias personas, efectos todos de su altanería, y soberbia, era su mayor defecto; aunque por entonces no conocido. Por tanto, casi todos los hombres tenemos necesidad de quando en quando de alguna sofrenada, que nos contenga mediante algun trabajo, ó desgracia, para no dexarnos llevar como por la mano de nuestra soberbia, y especialmente en tiempo de nuestra próspera fortuna. Sin esta receta saludable no puede explicarse el peligro que corre el hombre de engrairse, y llenarse de vanidad, quando se halla en estado feliz. Quando nada de esto suceda, aun nos queda un lance fo zoso, de que ninguno podrá eximirse, y es

el

el inevitable de la muerte. Entonces sí que se dará por vencida nuestra soberbia: en aquel inexcusable escollo se estrellará, y hará pedazos qualquier castillo, ó nave, fabricada sobre la continuada, y próspera fortuna, sobre el mucho saber, sobre la hermosura, sobre la grandeza. ¿Podremos negar una verdad tan clara, y manifiesta? Por tanto será poco prudente, y muy desgraciado el que espere á desengañarse entonces, quando el desengaño de nada puede servirle. El tiempo mas oportuno de hacerlo es el que se nos concede ántes que llegue aquel entonces.

§. VI.

DEmos entre tanto una ojeada á lo que indebidamente suele llenar de viento el espíritu de los miseros mortales. Los Principados, las dignidades, las riquezas, los honores son las cosas que mas principalmente hacen envanecer á los hombres. Aquel mirar, y tener baxo de sí tanta multitud de compañeros, y semejantes de su misma especie: el hallarse llenos de comodidades, el verse rodeados de una numerosa comitiva de aduladores, de criados, y otras muchas personas, pendientes todas, no solamente de sus palabras, mas tambien de la mas leve seña: el oír únicamente voces de exáltacion, y alabanza, y de quien emplea todo el vocabulario de superlativos para engrandecer sus méritos, ya de palabra, ya por escrito: reverencias, y obsequios por esta parte, por la otra súplicas, y memoriales: en suma, todo se dirige, y conspira á lisonjear, y alegrar la vista, y demas sentidos de los grandes señores; de manera, que quando no están sobreaviso, les parece que el estado en que se hallan de grandeza, y fausto, los pone en mas alta esfera sobre los demas hombres; y algunos llegaron á la locura de creerse, ó á la impiedad de hacer creer á otros que eran deidades. ¿Pero como puede caber tanta soberbia, tanto orgullo, y altanería en quien considera la

la vicisitud de las cosas humanas, y las mutaciones á que están expuestos los grandes, y señores del mundo, y en quien reconoce por Señor Soberano aquel gran Dios, que es terrible sobre todos los Reyes de la tierra? Quanto mas eminente sea el asiento en que están colocados, tanto son mayores las obligaciones que traen consigo los altos empleos; y quando no correspondan desempeñándolas exáctamente, les espera aquella tremenda, y exácta cuenta, que deberán dar al gran Padre de Familia, el qual les ha encargado tan ilustres empleos, no precisamente para su comodidad, y regalo; pero sí para que hagan bien á otros: fuera de que, no dexando los Reyes de ser hombres, y de consiguiente criaturas, que pueden engañarnos, y engañarse, sujetos á varios defectos, y no solo á las mas viles, pero aun á las mas fieras pasiones, no exéntos de dolores, y molestas enfermedades; y que los exércitos de soldados, y guardias que los rodean, y acompañan, no pueden impedir la entrada en la Corte, y en el gabinete de los corazones de las Personas Reales á los disgustos, á los sobresaltos, ni á las demas angustias, y penalidades, capaces de marchitarles los gustos, y alterar, y aun desterrar la paz, y alegría interior, no obstante que el estado en que se hallan haga de alguna manera disculpable la comun envidia: por esto el hombre sabio, aunque se vea colocado en los mas altos puestos, y en el mas lucido estado, sabe distinguir, y distingue con su prudencia acostumbrada dos cosas entre sí muy diversas: una es la dignidad que goza, otra la persona que la goza: por lo que toca á la dignidad, es muy puesto en razon que procure mantenerla con el decoro, y respeto debido; y si no bastasen para esto los buenos modos, la urbanidad, y cortesía, puede usar, y prevalerse de la fuerza; de manera que ni el que la posee envilezca la dignidad, ni permita que otros la desprecien, ni envilezcan; porque la dignidad no es cosa suya propia, sino de la República: es un vestido, no dado, sino prestado, porque los hombres han querido dárselo,

y

y Dios, ó lo ha querido, ó la ha permitido así. Pero por lo que mira á la persona, bien claramente conoce que en nada se diferencia de los demas hombres, á los quales su primer padre dexó por herencia tantos, y tan graves males, y sobre todos la facilidad de errar, y pecar, con el inexcusable tributo de dexar con la vida todas las grandezas, y pompas mundanas. El hombre de juicio no necesita de otra cosa para estimarse á sí propio moderadamente, y para manifestar á los demas mortales de su misma naturaleza una benevolencia cordial, y amorosa, y desterrando de sí toda altanería, y modos despreciativos, y ásperos, procurar ganarse el corazon de todos, y cada uno con la afabilidad, y cortesía, que consista mas en las obras que en las palabras. ¡Que bella cosa seria el ver poderosos Reyes tan sabios, que uniendo en sí la magestad con la humildad, supiesen descender del trono sin el menor perjuicio del trono mismo! Aun me adelantaré á decir una cosa que parecerá increíble, pero es muy verdadera. Es muy propio de los espíritus groseros, y baxos el hincharse, é ingreirse luego que la fortuna los eleva á alguna de sus altas dignidades, verificándose en ellos aquella sentencia comun de que los *honores hacen mudar las costumbres*; como si algun empleo, alguna dignidad tuviese una oculta virtud para dar, ó aumentar el juicio, el ingenio, el mérito, y ciencia en los hombres que las poseen; ó como si á su contacto fisico se mudase, y transformase la esencial naturaleza de los mismos hombres. Al contrario, las almas grandes, y bien reguladas, que ocupan los altos puestos, ó bien sea por su nacimiento esclarecido, ó bien por sus elevados méritos; estas siempre son las mismas, y siempre superiores á las dignidades que gozan; porque saben muy bien que el mérito no proviene de la dignidad, ni de la pompa, y aparato exterior, y que solo consiste en la virtud, siendo cierto que la verdadera virtud es enemiga declarada de la soberbia, y altanería.

§. VII.

EL prudentísimo Apóstol S. Pablo nos avisó en solas dos palabras, que hay algunos hombres á quienes la ciencia infla, y llena de viento, quando dixo *scientia inflat*. Reparad en algunos jovencitos , hallareis algunos que apenas tomaron dos sorbos de Lógica , quando hinchados, ya se engrien triunfando de su sabiduría. ¿Y por ventura no son ya hombres de importancia, despues que saben discernir las redes sutilísimas de los sofismas , y plantando una batería de argumentos, aterrar, y confundir con ella á sus contrarios? No se puede negar que millares de personas de mayor edad que ellos no saben otro tanto , por lo que no agravian , ni hacen injuria quando aprecian , y estiman en tanto su ciencia. Mirad al otro barbiponiente, que apenas ha pasado desde el aula de medicina, donde ayer estudiaba, al honorífico , y magestuoso titulo de Doctor en esta facultad , habiendo logrado ántes la suerte de tomar el pulso á quatro enfermos en compañía de su Maestro : miradlo, decia , que apenas toca con los pies en la tierra , pareciéndole que ya está en esfera mas alta , y mirará con desprecio al ignorante vulgo, compadeciéndose porque no sabe quantos humores, quantos sólidos, glándulas , conductos, membranas, vertebrae; en una palabra, cuántos órganos, vasos, y receptáculos se contienen en la maravillosa estructura de los cuerpos animados, ni entienden como él los grandes misterios de vocablos , y nombres extraños , de que los Arabes, y Griegos han enriquecido , y al mismo tiempo hecho venerable, y misteriosa la facultad de la Medicina. Ni parará aquí su desordenada avilantez. Se atreverá, mas que si fuera Profesor muy antiguo en la facultad , á trinchar sentencias, eructar decisiones, tocante á la qualidad, y estado de los enfermos, y de sus enfermedades. Lloverán de su boca pronósticos en orden á esto mismo ; pero faltaráles el

brio,

brio prontamente á estos inconsiderados mozalvetes; porque no habiendo estudiado aquellos primeros mas que la Lógica, hallarán que si bien tienen en la mano una llave maestra con que abrir arcaes, y escritorios atestados de dinero ; pero no encontrarán estas arcaes, ni escritorios para abrirlos. Al otro Médico jovencito le convenirá, y bien presto mudar de registro, despues que llegue á conocer que le salen fallidos sus pronósticos con no pequeño daño de los mismos enfermos. No me causará maravilla el encontrar con estos jóvenes facultativos, sobrecargados de alguna vanidad , y soberbia; porque al fin puede servirles de alguna la juventud inexperta, y fogosa. Pero que padezcan esta misma enfermedad personas que han encanecido en los estudios, y que por su sabiduría tengan una gran ventolera, ó bien sean Teólogos, Filósofos, Canonistas, Oradores, y Poetas; esto sí que debe causarme maravilla. Con todo se observa en muchos aquel magistral sobrecejo, que les hace hablar magistralmente, no solo en la facultad de Teología, mas tambien en la de Filosofia, Medicina, Jurisprudencia, &c. Acostumbrados por muchos años á tratar con sus discípulos, conservan por toda la vida aquel hinchado, y magistral tratamiento. ¿O si pudiesen estos tales examinar con una paz indiferente el pais de lo verdadero, y de lo falso, combinando sus opiniones con las de los otros! Acaso se hallarian no menos fluctuantes que los demas entre las tinieblas de la ignorancia. Añado á esto, que para quien tiene bien sentado, y arreglado el juicio, y sabe tomar por el lado que debe tomarse la perspectiva de la sabiduría humana, bien lejos de ocasionarle vanidad, y soberbia, deberian excitar, é imprimir en su corazon una verdadera humildad. Nunca será buen Médico sino es el que llega á conocer la incertidumbre de esta facultad, y á quan poco de concluyente, y seguro se reduce todo aquel grande aparato de medicinas, y remedios que se encuentra en todos sus libros; y como una Arte, cuyo fin deberia ser el sanar las

do.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTREY, MEXICO

dolencias del cuerpo, pueda librarnos de tan pocas, que los mejores Médicos confiesan abiertamente, que las mas de las curas se deben no á sus recetas enigmáticas, pero sí á los esfuerzos de la naturaleza. Por lo que toca, pues, á la Teología, y Filosofía, ¡quanto hay en ellas de obscuro, quanto escondido, quanto inaccesible al humano discurso! Aguce, pues, el entendimiento humano los ojos de su penetracion, jamas podrá romper las tinieblas que rodean muchos objetos, así físicos, como sobrenaturales, y teológicos. Y si despues quiere pasar adelante, alzando el vuelo á la contemplacion del altísimo ser que es Dios, y de sus incomprendibles consejos, y de aquello que ha fabricado sumamente distante de nuestros ojos, y particularmente allí donde tiene preparados inmensos bienes, y riquezas para los buenos, é indecibles castigos para los malos: ó! aquí sí que conocerá si tiene buen valor, y animosidad su ingenio. Ciertamente que si al ver que aquí faltan las alas al entendimiento humano no se humillase hasta-lo mas profundo, tenedlo por un loco desatinado. Por tanto parecerá á algunos, que el patrimonio de su saber se reduce todo á vanidad. Pero lo cierto es, que quanto mayor gusto toma alguno en el estudio literario, quanto mas se aplica á este estudio, tanto mas bien conoce que es mucho mas lo que ignora que lo que sabe; y aun de aquello que sabe halla que lo mas de ello se reduce á quatro bagatelas, y que lo que caza es por medio de telas de araña, que solo sirven para cazar moscas. Asimismo conoce que otra parte, y no la menor de su ciencia, y saber está reducida, y como acantonada entre los confines de la opinion, ó verisimilitud, y no de la certidumbre, y verdad. Acaso tambien se verá el hombre necesitado á desamparar, y abandonar mucha parte de lo que ántes habia estudiado, y aprendido, porque considerándolo, y mirándolo á mejor luz, hallará que es muy dudoso, quando no lo encuentre totalmente falso. Por lo que toca á la ciencia, y saber de los Le-

gis-

gistas, ¡quien no advierte ser una confusion toda ellas atendidas las controversias que se mueven cada dia, y en que los diversos, y aun opuestos dictámenes manifiestan, que sus principios no son del todo subsistentes? Todos estos motivos deben ya convencer de ridícula nuestra altanería, y soberbia, si acaso esta se fundase en el estudio, y manejo de libros. En suma, una gran parte de la sabiduría humana consiste en no persuadirnos que sabemos lo que realmente ignoramos: sabiduría, la qual muchos suelen conseguir tarde, y otros nunca la consiguen. Lo que últimamente debe acabar de romper nuestra soberbia, y confundir nuestra sabiduría es aquel estudio, que nos enseña á conocer el hombre interior, y sus acciones morales. No es verdad el que se halle en nosotros aquel gran capital de sabiduría que juzgamos poseer, ni aquel ingenio penetrante, y agudo de que nos lisonjea nuestro amor propio. No subsiste aquel juicio refinado, aquella sagacidad, aquella habilidad, y exquisita prudencia, que tan fácilmente suponemos en nosotros mismos. Volvamos los ojos de la consideracion hácia lo pasado: acordémonos de los despropósitos que hemos hecho, y de tantos errores en que hemos incurrido, y de las muchas ocasiones, en que si no hemos caido, por lo menos hemos deslizado, como tambien de otros muchos lances en que se ha verificado en nosotros el antiguo proverbio: *Hominem etiam frugem flectit sæpè occasio*: que la ocasion hace ladron aun al hombre de bien. Siendo una grande misericordia de Dios el que no hayamos hecho mayores males, y mas quando aun se hallan con bastante vigor nuestras pasiones, y la rebelde concupiscencia se va ciegameente perdida tras los placeres, la riqueza, y los honores, combatiendo siempre contra el espíritu, y vencido este las mas veces en estos combates. De donde debemos inferir, que el hombre, ó bien sea docto, ó ignorante, siempre que reflexione, y considere su miseria, y fragilidad (á los sabios estrecha mas esta obligacion), no podrán menos de avergonzarse al

ver

ver que alberga en su corazón una excesiva estimación de sí mismo, y tanto desprecio de las personas, y acciones de sus próximos. Ni se puede comprender fácilmente, como siga con tanto tesón, siendo idólatra de sí mismo, quando en sí observa cada día tantas miserias, engaños, baxezas, imprudencias, y defectos. Y si por ventura no ha experimentado hasta ahora alguna de estas miserias, ¿quien le asegura que no las experimentará el día de mañana? Deberian, pues, desengañarlo tantos exemplos como se ven cada día en otros infelices, y desgraciados, que le ponen á la vista el gran remedio de escarmentar en cabeza ajena, y le enseñan la ninguna confianza que debe tener en su pretendida prudencia, ni en su propia fortuna. El *non plus ultra* de la soberbia es aquel hombre inconsiderado, que despues de haber caido en tantos errores, despues de haberse alucinado tantas veces, y probado en sí mismo el cruel azote de las desgracias, y miserias, jamas aprende á humillarse, y reconocerse; esto es, no sana de tales enfermedades con aquellos remedios que sirven para curar á los locos mas desatinados.

§. VIII.

Nada diré aquí de aquella soberbia, que se funda en la hermosura, por ser este fundamento tan insubsistente, y vano, que una sola calentura, fuera de otras muchas, y muy ligeras causas, pueden dar con ella en tierra. Tampoco hablaré de la que puede traer su origen de la nobleza; porque los primeros que la fundaron, ó que fueron nobles en aquella familia, no la establecieron con el orgullo, y altanería, sino con los buenos modos, con la generosidad, y otras acciones virtuosas. Y quando los sucesores degeneren, y bastardeen, andando por el camino del orgullo, y soberbia, que todos abominan, será villana, sino en el nombre, por lo ménos en los hechos aquella sangre que corre por sus venas.

con-

concorre mas bien á probar la nobleza que las acciones honradas, y virtuosas, y nada mas feamente la ofusca, y destruye, que el engreirse, y ensoberbecerse. Tampoco hablaré de la soberbia que puede provenir de las caducas riquezas, del favor poco durable de los Principes, y Grandes Señores, y de otros principios semejantes; pues siendo todos vanos, é insubsistentes, solo pueden servir de llenar de viento, é hinchar el corazón de los hombres. Mejor será concluir este Capítulo con traer á la memoria aquella grande verdad que nos enseñó nuestro Maestro, y Redentor Jesus, verdadero hombre, y Dios verdadero, quando en su Santo Evangelio nos dexó encargado, que solo aprendiésemos de su Magestad á ser humildes de corazón, si deseamos lograr la verdadera paz, y tranquilidad interior. *Discite à me quia mitis sum, & humilis corde, & invenietis requiem animabus vestris.* (Matth. 11. v. 29.) Ved aquí quan necesaria sea la virtud de la humildad para llegar á la tranquilidad del ánimo; esto es, á aquella envidiable felicidad que el mismo Señor, y Maestro nos avisa que debemos buscar, y esperar en este mundo. Para entender bien esta verdad, sería necesario que pudiésemos entrar en el corazón de los soberbios, y observar el tempestuoso mar que los agita, y tiene tan inquietos. Persuadidos á que todo se les debe, les inquieta, y conturba por esta parte el ardiente deseo de dominar á todos, y la insaciable codicia de adelantamientos en honores, fortuna, decoro, y comodidades. Por otra parte los trastorna, y acongoja el desprecio, é impaciencia, porque no les salen como quieren sus premeditadas ideas; siendo este el motivo de estar tan prontos á enfurecerse los soberbios, tan sujetos á la ira, á injuriar á sus próximos, á prorumpir en continuadas quejas, y lamentos, porque nada saben digerir de quanto pueda disgustarlos, y alterar aquel grande concepto que tienen hecho de su propio mérito, ó se oponga á sus insaciables deseos. Añádanse á todo esto los empeños, las envidias, las enemistades, los punt-

Tom. II.

R

llos,

llos, las contiendas, que ordinariamente siguen como pensiones anexas á quien en todo, y por todo intenta encontrar, pero no encuentra siempre la sumision, el respeto, y la obediencia que quiere. En suma, el corazon de estos altaneros, y soberbios es una oficina de rencores, é indignaciones; y si á todo lo dicho sobreviniesen algunos reveses de la fortuna, que pudieran ciertamente ser las lecciones mas eficaces para que se humillasen, y desengañasen, entónces sí que á muchos de ellos les roe las entrañas el furor, y la rabia, si acaso no pasan de un extremo al otro; esto es, á un abandono indigno, y vil, ó á una detestable desesperacion. Sea, pues, bendita la hermosa virtud de la humildad, que tiene, y mantiene en calma, y tranquilidad, quanto en esta vida es posible, el corazon de los mortales. Toda, ó la mayor parte de nuestra inquietud, y desasosiego proviene por lo comun de nuestros deseos terrenos, quando no podemos satisfacerlos; y quanto estos son mas ardientes, tanto es mayor la inquietud, y turbacion en que nos ponen. Por tanto, el verdadero humilde, que sabe que no tiene mérito alguno, ántes bien reconoce en sí un notorio demérito, no solamente habla, y se porta con modestia en todo, mas tambien procura ser modestísimo en sus deseos. Concíbelos modestamente, y no se queja quando no los consigue; pero el soberbio, si todas las cosas no le salen como las desea á medida de su gusto, se enfurece aun contra el mismo Cielo: el humilde se dice á sí propio: yo no merecia esto, y Dios lo quiere así, y con esta humilde, y christiana reflexion siente en su alma un dulce rocío, que esparce, y llena su corazon de una hermosa paz. Finalmente, es cosa muy clara, y cierta que el verdadero humilde goza de un placer, y alegría perene, quando se mira bien estimado, y querido de los mas, ó de todos, sin que nadie le quiera mal, siendo esta una justa recompensa, y un tributo que todos hasta los mismos soberbios rinden á los humildes virtuosos, quando al contrario, los soberbios son general-

men-

mente aborrecidos. Si tenemos naturalmente una cierta soberbia, por la qual no amamos al que es, ó presume ser mas que nosotros, tambien tenemos una inclinacion natural de amor, y buen afecto al que se humilla delante de nosotros. El modo de perder nuestra estimacion entre los demas, es el manifestar, y gloriaros de nuestra propia estimacion. Por el contrario, al que se anonada, y humilla de corazon, está reservado el amor, y aprecio de los demas. ¿Nos costará, pues, ó deberá costar gran trabajo, y dificultad el dexar la soberbia, y abrazar la virtud de la humildad?

CAPITULO XL.

Del buen régimen del apetito de la hacienda.

§. I.

QUE el hombre procure, y desee adquirir hacienda, ó acrecentar la que tiene adquirida, no es una cosa mala en sí, ni este apetito es contrario al dictámen de la razon; ántes bien, puede ser esto laudable, y aun virtud moral, por quanto son muchas las virtudes que se practican con el buen uso de la hacienda; y faltando esta, será menor necesariamente el exercicio laudable de estas virtudes: fuera de que siendo, como lo es, un vicio el ser pródigo, y malgastar la hacienda, de consiguiente será por lo menos virtud civil el conservar-la. Siempre exceptuado de esta regla á quien, deseoso de mayor perfeccion, eligió la pobreza voluntaria, haciendo á Dios un voto solemne para observarla, y vivir en ella. Este poderoso, tan natural como universal apetito, ¿ó qué consejero tan eficaz suele ser para hacer mal, y á quantos hace salir del recto camino del bien obrar! Cierto es primeramente, que el modo de adquirir hacienda debe conformarse con la honestidad, y la justicia, y fundarse en las leyes divinas, y humanas. El

R 2

que

que quiera enriquecerse, ó adquirir hacienda de otro modo, él mismo se hace su proceso; y quando no de los hombres, debe esperar de Dios el justo castigo de este pecado. Ni debe reputarse por persona honrada el que incurre en la vileza de vender por tan baxo precio la preciosa alhaja de su alma, y su conciencia. Tenemos comunmente por sujetos deshonorados á los que para ganarse el sustento exercen los oficios de Alguaciles, ó esbirros, espías, y verdugos, no obstante el poderse exercitar empleos semejantes sin ofensa de Dios, y con aprobacion de las divinas, y humanas leyes: ¿pues con quanta mas razon deberán ser viles, y deshonorados los que injustamente toman, y retienen la hacienda de otros, sea mercader, sea ministro, sea noble, y aun algo mas, el que así lo hiciere?

§. II.

Entre las muchas, y execrables maneras que se hallan para juntar hacienda, nada diré de aquellas que dan en los ojos á todos por su manifiesta injusticia. Ninguno necesita de que yo le enseñe, ó acuerde, que un ladrón, un usurero, un falsario, un engañador, los cuales andan á caza de la hacienda agena, son el oprobrio del género humano, y monstruos horribles de la naturaleza; pero acaso podrá suceder que alguno necesite aprender, que este nombre ladrón, que se da solamente á cierta clase de gente, que por lo comun viene á parar, y á finalizar sus días, ó en una galera perpetua, ó en una horca, no se estrecha, y reduce á estos únicamente; se extiende tambien á otras especies de mortales altos, y baxos, y de clases diferentes; de manera, que un escritor antiguo no hizo el menor escrúpulo de dar el nombre de ladrón al Grande Alexandro, sin que lo impidiese tan pomposo título. Formaría sin duda un copiosísimo catálogo el que los escribiese todos; pero ni mi genio, ni la materia que trato permi-

miten que yo me meta en esto. Bastará por ahora el que brevemente haga yo memoria de la manera con que el interes (así solemos llamar al amor algo excesivo de la hacienda) se intrumete furtivamente en nuestras acciones, y puede burlar de este modo aun á los hombres honrados, y sabios. El interes, decia, es una sutilísima vulpeja, que suele esconderse en el corazon de una buena parte de los hombres, y echar las uñas, insinuándose ya en este, ya en el otro negocio, con tal destreza, que muchas veces no echamos de ver su disimulada, y refinada malicia. Por tanto, necesitamos examinar atentamente todas nuestras acciones para descubrir si acaso en alguna de ellas, y donde no debe entrar, se introduce este ladino interes. He dicho todas nuestras acciones, porque es cosa laudable el ser poco indulgentes, y mas rigurosos para con nosotros mismos: al contrario debemos practicarlo con las acciones de nuestros próximos; pues en suposicion de sernos lícito el examinarlas, debemos hacerlo con mayor cautela, esto es, atendiendo á las leyes, ó á los consejos de la caridad christiana, y alguna vez á las de la justicia, debemos, quando sean dudosas, interpretarlas, y aplicarlas mas ántes á lo bueno, que á lo malo; porque no es ejercicio digno de una persona sabia, y christiana el andar buscando en todo con sofística porfia, ó por mejor decir, inventar, y fabricar maliciosamente, la malicia que no tienen en sí las acciones de los otros hombres, y con especialidad las que tienen todas las señas de virtuosas, y santas. ¿Quién nos ha hecho Jueces de nuestros próximos? dice aquí el Apóstol S. Pablo. A nosotros, á nosotros mismos, digo, conviene mas bien el registrar los ocultos senos de nuestro corazon, y conocer el como, y quando nos aconseja, é influye en nuestras acciones el vil interes.

POcos pasos podremos dar en el comercio del mundo, y vida de los mortales, sin encontrar este deseo, esta pasión del interés en las humanas acciones. Tantas protestas, y expresiones de una tierna, y verdadera amistad hechas por algunos, el cortejar, y visitar tan frecuentemente á otros, no es otra cosa que poner á ganancia aquellos obsequios, y querer que fructifiquen estos pasos. Cesaria sin duda en algunos aquella correspondencia continua, si no la avivase alguna esperancilla de sacar algun provecho de ella. ¿Y ácia donde caminan, y se dirigen aquellas bellas palabras, y exhibiciones de servicios, de patrocinio, y promesas de grandes ganancias, que hacen algunas personas? Poned la mano sobre la bolsa, que hácia ella caminan. Acaso se dirigen tambien á pedir alguna cantidad prestada, alguna fianza, ó presienten algun regalo, ó acaso son redes para cazar alguna cosa aun mas preciosa que las ya mencionadas. De modo, que algunos nunca entrarian en una piadosa Congregacion, ni tomarian la administracion de obras pias, ni se encargarian de una tutela, si por lo menos no atisbasen, aunque de lejos, algun granito de interes, y provecho propio. Conviene tambien examinar cuidadosamente los consejos, y persuasiones de otros hombres, porque aun siendo muy poco el interes del consejero, hácia aquella parte se inclinará el consejo que diere. Podria suceder tambien que aquel activo piadoso zelo que manifiestan algunos, quando proponen, y promueven algunas devociones, y toman á su cargo el cumplir algun testamento, nazcan de este mismo principio; porque el interes es tan descarado, y atrevido, que algunas veces se mete en el mismo Santuario; siendo esto tanta verdad, que aun aquellas personas mismas que han profesado la mas estrecha pobreza, si no están sobreaviso, y bien alerta, hallarán varios modos de abrazar

zar con la práctica lo mismo que abominan con la lengua. Dilatada empresa seria el indicar aqui en cuántas, y quales acciones, y determinaciones de toda gerarquía de hombres pequeños, y grandes influye, y se introduce este astuto negociante del interes, oscureciendo la pureza, y disminuyendo la hermosura de las acciones honestas, hasta conseguir que algunos jamas hagan algun buen servicio, ó algun otro bien sino por interes, á no ser liberales, ni dar un paso, á no emplear su doctrina, ni aun sus palabras, ni menos á dar limosna, y practicar otras obras de caridad, porque no se resienta su propio interes. Es necesario atender que no hay puesto, no hay empleo aun de los mas altos, y lucidos, que no se pueda convertir en una vil oficina, y tienda de interes, no menos que puede serlo, si ya no lo es, la que ocupa qualquier artesano mecánico, y plebeyo. Serán estas algo diversas por lo que mira á las ganancias; pero en los ansiosos deseos del corazon serán todas unas.

§. IV.

AHora digo, que nuestros mayores reconocieron acertadamente dos virtudes pertenecientes á este objeto de la hacienda con sus dos extremos, que deben como todos los de las otras ser viciosos: una virtud es la liberalidad, puesta entre los dos extremos de avaricia, y prodigalidad: otra es la magnificencia, cuyos extremos son la mezquindad, ó miseria, y otro vicio, que algunos impropiamente llaman suntuosidad, y yo no la llamaré de otra manera que con el nombre de magnificencia excesiva. A estas virtudes agregaría yo otra distinta, que llamaría desinterés, que tiene por vicio contrario al interes, de que hemos hablado hasta aquí. Por interes entiendo un cierto apego á la hacienda, con un ansioso deseo de acrecentarla aun por medio de ganancias ilícitas. Llámeme quien quisiere primer grado de la avaricia; pero no es ella misma, porque esta envuelve en sí un exce-

sivo cuidado de conservar; esto es, de no gastar el dinero, pero el interes principalmente mira á todo lo que es hacienda; y puede darse en muchas ocasiones que uno sea interesado sin ser avariento, como tambien podrá ser uno interesado por una parte, y al mismo tiempo pródigo por otra: quiero decir, que alguno podrá llamarse interesado, quando gaste por una parte, poniendo á ganancias el fruto de sus ganancias, acrecentando su patrimonio con estas últimas; y esto no se adapta á los que son esclavos de la avaricia, que solamente miran á esconder, y guardar su dinero, y con él su corazon, donde solo él lo pueda encontrar. A mí me parece que el desinterés es una virtud, que no han acertado á distinguir aun aquellos que han inventado tantos nombres para discernir, y separar en los hombres los actos, y hábitos de las virtudes, queriendo significar con el nombre de desinterés una laudable desapego, y una honesta indiferencia ácia todo lo que es, y se llama hacienda. Discretamente escribió Horacio, que el dinero demasiado, ó ha de mandar, ó ha de servir á su dueño: *Imperat, aut servit collecta pecunia cuique*. Si la hacienda manda al hombre, inspirándole ansiosos deseos de aumentarla, aun quando no sea lícito el hacerlo, y causándole dolor el gastarla, aun quando sea necesario, bien podeis á este llamarlo interesado. Pero quando el hombre sea señor de su hacienda, procurando aumentarla en las ocasiones que lo piden la honestidad, y la justicia, y privándose de ella con bizarría, quando lo aconseja la virtud, ó lo pide la obligacion, llamada desinteresado al que obra de este modo. Ni dexa de serlo el que por los medios que proponen, y aprueban las leyes divinas, y humanas, hace sus contratos gananciosos, y pide los frutos, salarios, y las recompensas, que legitimamente le tocan, y le son debidas, como ni tampoco dexa de serlo el sabio economo de su hacienda, y que no la desperdicia locamente. Quando la Sagrada Escritura nos dice: *Divitia si affluent, nolite cor apponere;*

es-

esto es, no os enamoreis de las riquezas, aun quando las tengais con abundancia: no debemos creer que esta noble sentencia vaya á herir solamente á los avarientos, idólatras del oro, tan miserables como crueles, porque de estos no hay en el mundo muchos centenares: se dirige aquel aviso á los interesados, de que hay abundante cosecha en el mundo, que tienen el corazon apegado al dinero, con deseo de aumentarlo, aun quando no es lícito el hacerlo, y quando lo pide la ocasion no quieren gastarlo. Al contrario, es un elogio hermoso el que se nos intima por el Eclesiástico, cap. 30. v. 8. 9. *Beatus dives, qui inventus est sine macula, & qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia, & thesauris, Quis est hic, & laudabimus eum?* Bienaventurado aquel, que mirado, y examinado, no se halla en él la menor mancha de vicio, que no corre ansiosamente tras del oro, ni pone su esperanza en la posesion de los tesoros de la tierra. Decidme, y señaladme quien es este tal, y le consagraremos un gran Panegirico; pues sin duda merece ser alabado. En mí dictámen aquel *qui post aurum non abiit*, es el que llamamos propiamente desinteresado, el que no es esclavo de su hacienda, y dinero; porque si lo tiene, y procura tenerlo con honestidad, y justicia, sabe tambien gastarlo con garbo, y bizarría, y hace buen uso en las ocasiones, segun lo piden la razon, y la prudencia; de modo, que el hombre sabio debe ser dueño, y no esclavo de su hacienda, y dinero.

§. V. De la virtud de la moderacion en el uso de la hacienda.

HE dicho antes *hacer buen uso*, y esta es otra condicion necesaria para el buen régimen del apetito de la hacienda. Cierto es que la pobreza suele ser al hombre un poderoso, y molesto acicate para cometer desórdenes con el fin de socorrer sus necesidades, y minorar, ó quitar del todo sus penalidades, y trabajos, pero no es menos cierto, que la demasiada hacienda, y

ri-

riqueza suelen ser tambien un atractivo igualmente dulce, y poderoso para toda suerte de vicios. Tuvo su justa razon Horacio, quando llamó reyna á la riqueza. ¿Y cuántos hay que dicen con jactancia lo que los buenos dicen con dolor, y pena; esto es, *que no hay cerradura tan segura, ni tan fuerte rastrillo, que no abra la llave de oro*: O como otros interpretan: *Que el oro entra franco por todas las puertas, menos por las de la Gloria*: tambien suele decirse, *que el que combate con armas de plata tiene segura la victoria*. No me detendré en manifestar alguno de los malos usos que se hacen de la hacienda, y dinero, bastará solamente asegurar, que las riquezas, quando no las acompaña la honesta virtud, no son otra cosa que fomento de vicios, y ocasion de pecados. Siendo esto así, es forzoso confesar quan inexcusable, y vituperable es la ingratitude de aquellos, que porque el Señor los trata bien, colmándolos de riquezas, se valen de estas mismas para fomentar su altanería, y soberbia, para oprimir con prepotencia á los miserables, para entregarse á todo género de disoluciones, para hacer su Dios á su propio vientre, convirtiendo en desprecio de la divina ley, y en daño suyo propio, la parcialidad amorosa que usa con ellos el Altísimo. Merecen, pues estos inconsiderados, que Dios los prive ántes de tiempo de los bienes que liberalmente les habia dado, y depositado en tan ingratas manos. El sabio que aspira á la perfeccion, renuncia, y se despide absolutamente de las riquezas, y bienes temporales para que estos no le embarracen el conseguir lo que pretende. Bienaventurados son ciertamente aquellos Religiosos, que con ánimo generoso emprenden el hacer á Dios este gran sacrificio, y saben (lo que no es tan fácil) conservarlo puro, y sin mancha hasta la última hora de su vida. Sabio es tambien el que habiendo recibido de sus mayores un rico patrimonio, ó habiéndolo adquirido con su industria, y honesto trabajo, hace tal uso de lo que tiene, que jamas ha permitido que sus bienes sirvan, ó hayan servido para man-

mantener, ó fomentar vicios, y pecados, antes bien se han empleado en mantener la virtud. Grandes riquezas poseia Séneca, y le hubiera estado mejor el no tener tantas, porque no le habrian hecho tanta guerra, y acaso se hubiera librado de aquella muerte violenta á que le llevó mas bien su opulencia que alguna otra causa, pues á no tener tanta riqueza, no hubiera el cruel Nerón quitádole la vida. Tantas alhajas, tantos cortijos; tantas y tan bellas casas de campo como gozaba Séneca, excitaron la envidia, movieron murmuraciones, y sátiras en las conversaciones, del que siendo dueño del Imperio, queria cambiar todo esto por el estado de aquel Filósofo Estoico, el qual hablaba con tan gran desprecio de las riquezas, quando las poseia con tanta abundancia. La Apología que hace por sí mismo en el libro de la Vida Bienaventurada, se reduce á decir, que las riquezas están bien en manos de los sabios, y buenos; pero mal en poder de los malos, por el abuso que hacen estos de ellas. De hecho, reparad quan sabiamente usa el hombre prudente de las riquezas que tiene. En otros dueños suele verificarse, *que la mucha soberbia hace abrir la boca: que las riquezas son los fuelles de la altanería, que soplan el desprecio de la pobreza*. No se entiende esto con el hombre prudente, y sabio. Aunque abunde de bienes temporales, no pone su aficion en ellos, porque sabe que son poco durables, sujetos á un golpe de fortuna que los trastorna. Ni por muchos bienes que posea, dexa de tener en su punto la modestia, la afabilidad, la cortesía: no dexa de manifestar en las ocasiones una magnificencia limpia de vanidad, fausto, y pompa. Su piadosa liberalidad para con los pobrecitos, la prontitud en socorrer á los necesitados, que sin culpa los puso la desgracia en estado miserable, y el buen tratamiento á sus propios sirvientes, hace que por todas partes resuene el eco de muchas bendiciones. No perdona, ni repara en gastos para dar una buena educacion á sus hijos: procura aumentarles, ó no disminuirles

su patrimonio, y á cada uno procura colocar en el estado mas conveniente á su clase, é inclinacion: fuera de esto, si puede, procura ayudar á su patria, introduciendo en ella manufacturas, abre canales para las aguas, levanta conservatorios para la crianza, y educacion de huérfanos, y pupilos. Hace librerías públicas, y dota cátedras para la enseñanza de los jóvenes, construye Casas, ó Colegios para correccion, erige hospitales, y quando á los pobres oficiales, y jornaleros les falta donde ganar el pan, él les da que trabajar, ó en su hacienda, ó en alguna obra pública, y provechosa. Quando las riquezas se hallan en semejantes personas, podemos decir con verdad, que están bien empleadas. Y así como uno de los indicios mas claros de un corazon ruin, y apocado es el tener mucho apego al dinero, de tal manera, que no se le permita girar para la utilidad pública; así tambien lo es sin duda de un corazon, y ánimo grande el gastarlo pronta, y alegremente, quando el decoro, la necesidad, ú otro justo motivo lo requiere, y pide.

S. VI.

ASI como raras veces sucede que incurra un jóven en este vicio de la avaricia, es muy ordinario que adolezcan de esta enfermedad los viejos. Estos, despues de haber experimentado en sí, ó en otros los muchos, y diversos lances á que está sujeta la vida del hombre, y que en todo acontecimiento es el oro el mejor, y mas fiel amigo, se dan prisa, y se afanan para juntarlo, y guardarlo, y lo adoran despues de haberlo juntado. Este es el Dios, el Idolo, quiero decir, que ha de socorrerlos en su mayor necesidad. Venga la desgracia que quiera, en su arca forrada de hierro, y asegurada con tres rastrillos, allí tienen su remedio: allí está el que los ha de librar de todo trabajo; bien que en llegando algun ahogo, es seguro que no saldrá de sus manos un real mas de lo que pide la urgencia presente; porque siem-
pre

pre temen que podrá venir otra necesidad mayor, y es razon el tener recurso á quien la pueda remediar. Cosa extraña por cierto, que un hombre lleno de canas, y cocido en experiencias, que ya debería haber aprendido á ser prudente, y sabio, comience tan tarde á estimar tanto al oro; y que por este amor, por esta pasion tan villana, é indigna, incurra en mil ruindades, y baxeas. Reparad en esta casta de gente, y hallareis, que vienen á ser padres crueles para sus hijos, amigos infieles, y sospechosos, insufribles maridos, fastidiosos amos, y hombres tan extraños que parece haberse apagado en ellos aquella luz hermosa tan propia de la naturaleza humana. Y siendo, como lo es, tan baxa, y bestial su inclinacion, los veréis ocupados en ocultarla aun á sus propios ojos, cubriéndola con la librea de la economía, de la prudencia, de la penitencia, y con estar pensando continuamente en desgracias, tempestades, guerras, esterilidades, ruinas, y otros accidentes melancólicos de que no hay la menor señal; pero ellos los ven á la puerta de su imaginacion. ¿Habrá necesidad acaso de reprobear, y detestar esta vileza, y locura en aquellas criaturas á quienes el Criador ha enriquecido con razon, y entendimiento? No es ciertamente tan injuriosa, y desatinada la locura de aquellos otros que dan en el extremo contrario; esto es, la de los pródigos, no dexando por esto de ser un vicio tambien la prodigalidad: á este se inclina mas presto la juventud, que por lo comun solo mira lo que tiene presente, sin pensar poco, ni mucho en lo venidero: esta es la que mas fácilmente se inclina á malgastar la hacienda, siendo lo mas doloroso el que la gaste en vicios, y pecados. Algunos de estos tambien suelen gastarla, ó malgastarla en humo, que á las veces les cuesta caro. Si estos no tienen el corazon pequeño, no es muy grande, y sesudo su cerebro. Es verdad, que despues que han desperdiciado su hacienda alegremente, y sin consideracion, vuelven luego sobre sí, y si pueden hacerlo, comien-
zan

zan á gastar lo que no es suyo : tambien es verdad , que no suele salirlos bien esta traza ; y finalmente llenos de miseria , y de vanos arrepentimientos , vienen á ser infelices mendigos , sin que hallen socorro por lo comun en aquellos que se aprovecharon de su prodigalidad , ni en los otros con mas razon . ¿Tendremos tambien aquí necesidad de exhortar , y persuadir á alguna persona , á fin de que no malgaste su hacienda? No por cierto , porque para no ser prodigo basta el no haber perdido el juicio . *El que gasta con demasia de lo que tiene , hace el cordel para aborcarse ,* decian nuestros ancianos antiguamente .

S. VII.

DEbe aquí notarse , que tambien los viciosos suelen ser industriosos , y adquirir hacienda ; pero esta suele tener alas : con la misma facilidad que vino se va ; porque *lo mal adquirido se gasta mal , y presto* , es un proverbio que muchas veces vemos verificado . Otro adagio mas vulgar nos dice tambien , *que lo bien ganado se lo lleva el diablo , y lo mal ganado á él , y á su amo* . Ademas de la justicia de Dios , suele tambien la de los hombres , quando es vigilante , destruir la hacienda mal adquirida ; esto es , la que entra en las casas por malos modos , y medios , con injusticias , con engaños , con latrocinios : fuera de esto , son los vicios los que ordinariamente reducen á pobreza , y miseria , disipando la hacienda aunque sea bien adquirida . Los malos efectos de la desenfrenada luxuria , de la insaciable ambicion , y vanidad . Los excesivos convites , el juego , las enemistades , y otros desoladores semejantes , no tenemos que ir á buscarlos á las Indias , quando los tenemos dentro de casa . Lo que mas debe extrañarse en este asunto es , que aquellos que tienen mayor necesidad que otros de conservar , y adquirir hacienda , quales son los pobres , estos son los que mas priesa se dan á malgastar la que tienen en las tabernas , casas de juego , loterías , &c . Solo el hombre sabio es el que le-

gítimamente , y sin cargo de conciencia adquiere hacienda , y sabe prudentemente , ó conservarla , ó gastarla ; pero nunca en cosas de que á él se le siga desdoro para con los hombres , ni arrepentimiento para con Dios . Aun diré mas : que en algun modo es muy útil el amor á la hacienda para guardarse de cometer muchas culpas , que no pueden cometerse sin afloxar la propia bolsa . Cierto es , que el amor , y temor de Dios debe ser el motivo mas noble , y principal ; pero tambien ayuda no poco á la observancia de la ley santa , el no malgastar la hacienda . Por lo demas yo no alabaré , ni persuadiré , ó propondré á otros por máxima general la retencion , y el ahorro ; porque pueden darse casos en que este sea vicioso , como hijo del vil interes , ser contrario á la santa ley de Dios ; con todo , es muy recomendable al hombre prudente en otras muchas ocasiones . Solamente el hombre de poco juicio tiene por vileza en su casa , y siente mal en la de otros la prudente economía ; esto es , el buen gobierno en la hacienda , y el órden , y buen modo de gastarla , la diligencia para mantenerla , y aumentarla , con el justo miramiento de no malgastar su patrimonio . Este arte de gobernar bien la bolsa , es necesario especialmente á los padres de familia ; y con tal que no llegue al extremo contrario , conviene tambien á los Príncipes , y mayores Monarcas del mundo , por ser parte de la prudencia , virtud tan necesaria al hombre , que por esto se llama prudencia económica . Tambien pertenece á esta prudencia el cuidado del ahorro , tanto para mantener el decoro del estado de cada uno , como para hacer bien á otros , y prevenir los accidentes contingentes , y desgraciados , que suelen ocurrir en el mundo , siendo esta economía muy necesaria á quien tiene hijos , y familia ; pues como padre cuidadoso debe procurar el adelantamiento , y bien estar de sus hijos : tambien es aun mucho mas necesaria al que no posee mucha hacienda . Se rien algunos poderosos , y acomodados , enemigos jurados del trabajo , y fatiga , que dánloes en ros-

tro el cuidado de su propia casa, descansan interiormente apoyando estos cuidados sobre sus agentes, y mayordomos: se rien, digo, quando ven algunos tan atentos á sus rentas, y al gasto diario de sus casas, tan internados en sus tráficos, y en hacer que fructifiquen sus bienes, regulándose por unas máximas que acompañan las ideas de su economía, como son aquellas de *no hacer jamas por ministerio de otro lo que puede hacerse por sí mismo: no dexar para mañana lo que puede hacerse en el dia: no hacer poco caso de las cosas menudas, ni de los gastos de poca monta.* De todo esto se burlan aquellos otros, teniendo por cosa despreciable estos cuidados, y descubriendo en ellos algun color de avaricia, y vil interes; pero el hombre sabio no debe por esto abandonar su práctica, ni dexar las reglas de la prudente economía, establecidas constantemente, como lícitas, y útiles para la vida civil del hombre. Es comun interes del público que los Ciudadanos sean ricos, é industriosos, y lo es tambien de las familias el que se conserve el nervio de su propia subsistencia, importando mucho á cada particular el que no se piense solamente al dia de hoy, sino es que se extiendan las providencias á lo por venir, exhortándonos á esto mismo el Espíritu Santo con el exemplo que de la hormiga propone al perezoso. Conviene tambien acordarse de aquellos proverbios, ó sentencias que los locos fabrican las casas, y los cuerdos las compran: *que basta uno solo para destruir todo aquello que ciento han edificado.* No es impropio del hombre sabio el aplicarse á multiplicar riquezas, con tal que no lo haga con ansia notable, ó por modos, y medios poco lícitos, y no ponga mucha aficion en ellas despues de conseguidas. Finalmente las riquezas no hacen estimable al hombre absolutamente. ¿Apreciaremos nosotros en mucho un caballo, porque tenga el freno de oro, bordada ricamente la silla, y los estribos de plata? Pero diremos que vale mucho mas un hombre bien exercitado en las virtudes, y que abundando en bienes temporales, los gasta en obras

obras virtuosas, y laudables, cuyo mérito durará para siempre, aun quando fenezcan las riquezas temporales. Pero si el hombre se entregase totalmente al cuidado de amontonar riquezas en esta vida, sin hacer caso de enriquecer su alma con otras riquezas espirituales, que consisten en aprender, y practicar las virtudes: en este caso será siempre para con los hombres sabios, y mucho mas para con Dios un pobre de oro macizo, ó como dice el Evangelio un sepulcro adornado, y dorado por de fuera, pero por dentro pestilencial, y asqueroso.

CAPÍTULO XLI.

De la policia de las costumbres.

§. I.

DExamos ya dicho que el hombre está especialmente obligado á observar tres órdenes, ó respetos: el primero con Dios, el segundo consigo mismo, y el tercero para con los demas individuos del género humano. En el conocimiento, pero mucho mejor en la posesion, y exercicio de dichos órdenes, consiste la parte mas esencial, y sólida de la Moral Filosofia; pero aun resta otro orden, ó respeto. Despues que una estatua está delineada, y formada con todas sus medidas, y proporciones, desbastada, digámoslo así, con los cinceles, ó escoplos mas gruesos, de manera que pueda ya decirse que está hecha, con todo, para repulirla, y perfeccionarla, de modo que se pueda llamar perfectamente concluida, ó acabada; son necesarias otras diligencias: deben para este efecto manejarse cinceles, y escoplos mas delicados: debe entrar la lima, y quitar aquellas superfluidades que perciben los inteligentes en el arte, y con esto queda la estatua mas elegante, y hermosa. A este modo, para perfeccionar el hombre el tercero de los mencionados órdenes, debe estudiar la gentileza, ó po-